

parte de la predicción se cumplió exactamente; pero no habiendo querido los nobles ayudar á los Gracos á curar la llaga del pauperismo que minaba la república, con soldados mercenarios, no con ciudadanos romanos tuvo que conquistarse el mundo, y aquellos mercenarios hicieron perder á la aristocracia romana, más que sus bienes, su poder y la antigua libertad.

El pueblo iba á votar á sus comicios por tribus; pero los ricos habían seducido secretamente al tribuno Octavio, detentador él también de tierras públicas, y cuando el secretario quiso leer la rogación, opuso su veto. Irritado entonces Tiberio, suprimió de la ley los dos artículos que la suavizaban, la indemnización y las arpentas reservadas á los hijos de los detentadores (1). Desde este momento no podían ya esperarse sino escenas sangrientas, porque la reforma venía á ser una revolución y arrojaba necesariamente á la oposición á hombres moderados y prudentes que hubieran comprado la paz y la seguridad á costa de una parte de su hacienda, pero cuyo patriotismo no llegaba hasta el valor de arrostrar la miseria.

Octavio, por su parte, mantuvo su veto. En vano empleó Tiberio los más elocuentes ruegos; en vano ofreció darle de sus propios bienes los que bastaran á indemnizarlo de las tierras que le quitara la ley: el tribuno permaneció inflexible. Esta firmeza impelió ya á Tiberio á medidas violentas, y en virtud de las ilimitadas facultades que el veto le daba, detuvo todo el movimiento del gobierno, suspendió las funciones de los magistrados, selló con su sello las puertas del tesoro y prohibió la gestión de todo negocio oficial hasta que se votara su ley.

Entonces se vió un curioso espectáculo: los ricos vistieron luto y recorrieron la ciudad, solicitando la piedad del pueblo; pero en secreto apostaban asesinos para que dieran muerte al tribuno. Advertido Tiberio, armóse de un puñal, que llevaba mal oculto debajo de la túnica.

El día de la asamblea, cuando llamaba al pueblo á los sufragios, los ricos arrebataron las urnas, y esta violencia iba á ser ya la señal de una batalla, cuando postrándose á sus pies dos consulares, le conjuraron que renunciara á su empeño ó que lo sometiera al senado. El poderoso tribuno estaba tan convencido de la bondad de su causa que accedió á la súplica y se dirigió á la curia; pero allí dominaban los ricos, y no fué posible la conciliación.

«Puesto que los dos tribunos del pueblo, somos iguales en facultades, dijo un día Tiberio á su colega, es preciso que uno de los dos sea depuesto: recoge pues sufragios contra mí.» Octavio se negó á ello. «Pues bien, añadió Graco, mañana decidirá el pueblo si un tribuno opuesto á los intereses que debe defender, ha de permanecer en ejercicio.»

Ya habían votado por la deposición diez y siete tribus de las treinta y cinco. Tiberio quiso intentar el último esfuerzo; suspende los sufragios y teniendo estrechamente abrazado á Octavio, le ruega en nombre de su antigua amistad que no se exponga á la afrenta de una pública destitución, y le ahorre á él la odiosidad de aquella extrema medida. Octavio se sintió conmovido y con los ojos arrasados de lágrimas, guardó prolongado silencio; pero habiendo dirigido la vista á la multitud de ricos que lo observaban, temió sus reconveniones y contestó: «Sea lo que el pueblo quiera.» Y fué depuesto y arrancado de la tribuna, y hubiera sido asesinado, sin la mediación de Tiberio, que acudió á salvarlo. Un esclavo que lo precedía cayó acribillado de heridas. Fué la primera sangre derramada en la guerra civil y

(1) Plut., *Tiber. Grac.*, 10. Apiano no habla de esta supresión.

la destitución de Octavio el primer ataque hecho á la inviolabilidad del tribunado.

Hasta entonces había estado Tiberio dentro del derecho: á partir de este momento, no; porque él, que como tribuno, estaba particularmente encargado de defender la constitución, acababa de desconocer su principio esencial. Los grandes tribunos del cuarto siglo no obraban así: Licinio Estolón había vencido á los grandes, no con arrebatos ni atropellos, sino á fuerza de perseverancia. Lo que él había ganado en diez años, quiso Tiberio ganarlo en un día, y no lo obtuvo tampoco más que por un día.

La ley, en efecto, pasó; pero lo más difícil era ejecutarla. Tiberio había escrito en su rogación que triunviro elegidos por el pueblo procederían á las operaciones de la repartición permaneciendo en su cargo hasta que estuvieran terminadas. Los tres comisarios elegidos fueron el mismo Tiberio, su hermano Cayo y su suegro Apio. Pero entonces comenzaron las innumerables dificultades de la ejecución. ¿Cómo reconocer las tierras del dominio, usurpadas hacía siglos? ¿Por dónde comenzar? ¿Cómo hacer y distribuir los lotes ó suertes? Luego, era menester contener la impaciencia de los pobres y frustrar ó vencer la mala voluntad de los grandes. El senado le había negado una tienda de campaña, como se daba á todos los ciudadanos encargados de una comisión pública, y para su asistencia, por informe de Escipión Nasica, tampoco le señaló más que nueve óbolos diarios.

También se ensayaron contra él medios que habían sido eficaces contra Casio, Manlio y Espurio Melio. Un senador atestiguó que Eudemo, que había traído el testamento de Atalo de Pérgamo, había entregado á Tiberio la túnica de púrpura y la diadema del rey, de cuyas insignias el tribuno esperaba servirse un día en Roma. Tiberio contestó á esto haciendo decretar que se distribuyeran los tesoros de Atalo entre los ciudadanos á quienes cupieran en suerte lotes de tierras públicas, para cubrir los primeros gastos de cultivo y adquisición de instrumentos de labranza.

Hasta aquí, para conservar una posición más desembarazada, se había abstenido de dirigir ningún ataque á los derechos políticos de los grandes; pero esta vez sublevó contra sí al senado entero declarando que él mismo haría el informe ante la asamblea del pueblo sobre el reino de Pérgamo. No era nada menos que una tentativa para transferir del senado al pueblo la gestión de los negocios exteriores. Además quería restringir el tiempo del servicio militar, restablecer la apelación al pueblo de las sentencias de todos los juicios y dar á los senadores en los tribunales igual número de adjuntos.

Según algunos, hubo de hacer también promesas á los italianos. Pero el pueblo no lo seguía ya. Para impresionar á la multitud son menester ideas sencillas. Cuando se había tratado de la ley agraria, las treinta y cinco tribus votaron como un solo hombre; pero en medio de las complicaciones que ofrecían las nuevas rogaciones, los pobres no reconocían ya aquel interés positivo é inmediato que los había agrupado en torno del tribuno. Dos siglos antes, Licinio no consiguió la participación en el consulado, sino declarando su ley agraria inseparablemente unida á las leyes políticas. Tiberio propuso estas después de la primera y fracasó su buena intención.

Con todo eso, se le estimaba aún. Habiendo muerto de repente un amigo suyo, acudieron todos los pobres; quisieron llevar ellos el cuerpo, y como no ardiera la primera pira, se creyó que había sido envenenado. El mismo Tiberio se creía amenazado siendo su vida la puesta de la terrible partida que había empeñado. Bien lo sabía él, y un día

se le vió aparecer en la plaza pública, vestido de luto, conduciendo de la mano á sus dos hijos y pidiendo para ellos y para su mujer la protección del pueblo. El pueblo se conmovió, y durante algún tiempo gran número de ciudadanos hicieron de día y de noche celosa guardia de vigilancia al rededor del tribuno.

Pero ya le reprochaban ellos mismos la violación que había cometido contra los fueros del tribunado. Cierta Anio á quien él acusaba, hubo de decirle un día: «Si apelo á uno de tus colegas y él opone su veto ¿lo harás destituir?» Desconcertado Tiberio despidió la asamblea, y no contestó hasta el día siguiente en que pronunció un largo discurso sobre la inviolabilidad tribunicia. «Si, el tribuno es sagrado é inviolable, pero á condición de ser fiel á su mandato. ¿Hase de permitir que un tribuno derribe el Capitolio, incendie los almacenes, enerve ó destruya el poder del pueblo? ¡Cómo! dispone el pueblo libremente de las ofrendas consagradas en los templos, y las usa y transfiere, según sus necesidades, ¡y no podría disponer de un cargo que él mismo ha conferido! Nuestras santas vírgenes que mantienen el fuego sagrado y eterno son enterradas vivas por una negligencia en el servicio de los dioses; y un tribuno, que lejos de servir al pueblo abusa contra él de la autoridad que de él mismo ha recibido no podría ser removido de su cargo!»

Todo esto era verdad, pero aquella inviolabilidad tribunicia, á veces molesta, había sido hasta entonces respetada; y no respetándola Tiberio, reveló el funesto secreto de que la multitud móvil del foro podía, en un momento de enojo ó por capricho, trastornar las leyes, la constitución y las costumbres de los mayores.

Para sustraerse á los odios y rencores que había suscitado le faltaba un segundo tribunado y lo solicitó; pero el mayor número de sus partidarios estaban á la sazón retenidos en los campos á causa de la cosecha, y de los tribunos sus colegas, muchos le eran contrarios. Plutarco refiere gravemente que el día de la asamblea, Tiberio flaqueó un momento bajo la impresión de infaustos presagios. Dos serpientes habían criado en un carro ricamente adornado que le sirvió en la guerra. Los pollos sagrados que se había hecho llevar, no quisieron salir á comer, aunque el pollero agitara rudamente la jaula para obligarlos más. El mismo Tiberio, al salir de su casa hubo de tropezar tan violentamente en el umbral, que se estropeó una uña del pie, hasta el punto de que corriera la sangre al través de su calzado. Finalmente, apenas salió á la calle, cuando vió dos cuervos riñendo en un tejado viniendo á caer á sus pies un fragmento de teja. Había aún tantos y tan supersticiosos terrores en aquel pueblo que no creía ya en sus dioses, pero creía siempre en el Destino, revelado por signos, que los más audaces partidarios del tribuno, quisieron impedirle que siguiera más adelante. «¡Qué vergüenza, exclamó Bloasio, para el nieto del Africano, si retrocediera ante un cuervo!»

Al mismo tiempo recibía Tiberio premiosos mensajes de sus amigos reunidos en el Capitolio, donde debía hacerse la elección. Todo iba bien para él, le decían. Y en efecto, se le recibió con las aclamaciones más afectuosas y se vigiló que nadie que no fuera conocido se acercara á su persona.

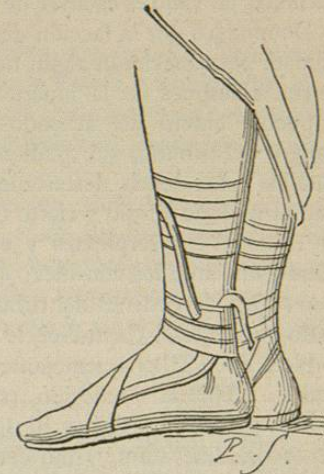
Ya habían votado dos tribus en favor de su reelección, cuando los ricos que en gran número habían acudido á la asamblea, gritaron diciendo que un tribuno no podía continuar en su cargo dos años seguidos. Y como si esto fuera la señal estalló una colisión: los partidarios de Tiberio se lanzaron contra sus contrarios, los cuales huyeron con los tribunos de su bando extendiendo por la ciudad el rumor de que Tiberio había destituido á todos sus colegas y se

había proclamado á sí mismo tribuno para el año siguiente.

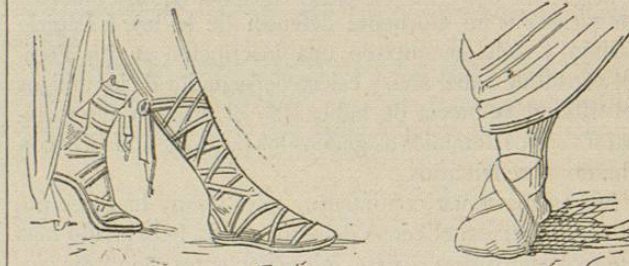
Sin embargo, no había á su alrededor más de tres mil hombres. En este momento el senador Fulvio Flaco, desde un sitio elevado, de donde dominaba la asamblea, hizo una seña con la mano indicando que quería hablar con Tiberio, el cual dió orden para que se le abriera paso. Fulvio declaró, que no habiendo podido los ricos en el senado atraer al cónsul á su partido, habían formado el designio de matar al tribuno para lo cual habían armado á sus clientes y esclavos. A este aviso los amigos de Tiberio se ciñeron las túnicas, rompieron los báculos con que los lictores apartaban la gente y tomaron sus astillas para defenderse. Los que por la distancia no habían podido oír al senador, preguntaron la causa de aquellos preparativos y Tiberio se llevó la mano á la cabeza para hacerles comprender el peligro que corría. Sin perder momento corrieron sus enemigos á decir al senado reunido en el templo de la Fe, que el tribuno pedía la diadema real.

Esta noticia causó en la curia la más viva emoción. Escipión Nasica requirió al cónsul para que fuera en socorro de Roma á derribar al tirano. Escévola contestó que no daría él el mal ejemplo de emplear la violencia, ni haría morir á ningún ciudadano que no hubiera sido previamente juzgado en la forma jurídica. «Si el pueblo, añadió, seducido ó forzado por Tiberio toma alguna decisión contraria á las leyes, no la ratificaré por mi parte.»

Entonces Nasica se lanzó de su sitio. «Ya que el primer magistrado, exclamó, hace traición á la república, que me sigan los que quieran defender las leyes.» Y dicho esto, se cubrió la cabeza con un paño de su toga y se dirigió al Capitolio, arrastrando consigo parte del senado y de los ri-



Calzado de patricio (1)



Calzado de patricio

cos, seguidos de sus esclavos, que armados de palos y mazas, recogían aún los fragmentos y pies de bancos que el pueblo rompía en su fuga. Así se fueron hacia Tiberio, golpeando á los que pretendían hacerle una muralla con sus cuerpos. Muchos perdieron la vida en el empeño; empujados otros hasta la roca Tarpeya fueron precipitados, y el resto huyeron.

El mismo Tiberio giraba al rededor del templo de la Fe,

(1) Museo Borbónico, XI, 25; Tischbein, I, 14, y Rich: *Ant. rom. et grecq.*, palabra *Calceus*.